

zó cariñosamente, le hizo cargos sobre las calamidades que estaba ocasionando, y le redujo á que montado á la grupa de su mula se presentára con él al pueblo. Era de noche, y á la luz de unas hachas que el obispo hizo encender marcharon los dos al lugar del combate. La presencia y la voz de Sorolla hicieron prorumpir al pueblo en los gritos de *viva el rey! viva Sorolla!* Con la alegría de su aparición se apaciguó como por encanto el tumulto, y el virey aprovechó aquellos momentos para salir muy de madrugada de Valencia y retirarse á Concentaina, y de allí á Játiva, llamado por los nobles de esta ciudad, que al fin tuvo que abandonar también espulsado por los plebeyos, refugiándose por último en Denia.

Con la cobarde retirada del conde de Mérito los nobles de Valencia, sin protección y sin apoyo, tuvieron que salir de la ciudad con sus familias y criados, quedando los Trece dueños absolutos de ella, dejando únicamente al marqués de Zenete, hermano del virey, que gozaba de mucha popularidad. En mal hora, cuando tan poderosa quedaba la germanía de Valencia, le ocurrió al vizconde de Chelva hacer ahorcar á un gefe de germanía de otra villa inmediata. Los valencianos enviaron allí una hueste, la cual, después de saquear y destruir cuanto le sugirió su furor de venganza, volvió ufana y victoriosa á la ciudad. Los Trece publicaron entonces una orden mandando que en adelante no se impusiese la pena de

horca á ningún plebeyo, aunque fuera delincuente, sin que antes fuera ahorcado algún caballero, que fuese también criminal (julio, 1520).

Mientras los nobles concertaban con el capitán general refugiado en Denia los medios de conjurar tan deshecha borrasca, se proclamaban en germanía multitud de poblaciones; levantáronse en hermandad Elche, Mogente, Jérica, Segorbe, Onda, Orihuela y muchas otras villas y lugares del reino, con más ó menos desórdenes, y con más ó menos resistencia de los nobles y de las autoridades. Solo el pueblo de Morella se mantenía resuelto y firme contra las germanías, al modo que en Castilla se había mantenido Simancas contra las comunidades. Los de Morella se habían obligado con juramento hasta á matar á sus propios hijos, si menester fuese, si se atrevían á hablar en favor de los agermanados. ¡A tal extremo exaltan los ánimos las contiendas políticas, cualquiera que sea el partido porque se decidan los hombres! Allí no fué oída la voz del orador popular Guillem Sorolla, que pasó comisionado por la Junta de los Trece á exhortar á los morellanos á que se adhirieran á la germanía; antes bien fueron obligados á salir inmediatamente de la población el tejedor de lana y sus compañeros, y Morella se puso en un estado de defensa imponente, por cuya decisión escribió el emperador á sus vecinos desde Aquisgrán una carta sumamente honorífica y laudatoria (22 de octu-

bre, 1520). Pero esta distincion imperial exasperó mas á los plebeyos de Valencia, de Játiva y de otros puntos, multiplicándose con este motivo los desmanes y los excesos de la plebe. En Játiva se puso fuera de la ley á los nobles; las casas del gobernador y asesor fueron allanadas, y el tumulto penetró en las de la ciudad en busca de los jurados, arrollando una procesion religiosa que para impedir tamaña tropelia habia salido con grande acompañamiento de sacerdotes, llevando uno en sus manos el Santísimo Sacramento.

En Valencia era ya impotente para reprimir las demasías la autoridad de los Trece. Un infeliz, llamado Francin, salinero de oficio, cometió la imprudencia de decir que el medio mas derecho de acabar con la germanía seria pegar fuego á la poblacion. No bien tan indiscreta imprecacion habia salido de su boca, cuando se lanzó sobre él un grupo de agermanados. Cerca estaban ya de acabar con su vida, cuando se presentó un sacerdote rogándoles que por lo menos le permitieran confesarse antes de morir; y con objeto de ganar tiempo y dar treguas para ver si conseguia templar el furor de los agresores hizo que de la inmediata iglesia le llevasen el Santo Viático. El desgraciado moribundo se abrazó en su agonía con el sacerdote y procuró cubrirse con sus vestiduras. El pueblo pedia desafortadamente que le entregáran la víctima; el vicario, que lo era Mosen Anto-

nio Bonet, enseñó la sagrada forma y cubrió con la estola el objeto de las iras populares, como para mostrar que estaba bajo la salvaguardia de la religion. Nada bastó á contener los ímpetus feroces de la plebe, que se abalanzó sobre el acompañamiento, derramó por el suelo las formas sagradas, hirió y maltrató al vicario manchando con sangre sus vestiduras sacerdotales, y acabó de asesinar bárbaramente á Francin. No se sabe lo que habrian hecho con el cadáver de aquel desventurado, si no los hubiera contenido Juan Lorenzo que llegó á la sazón, é impidió que aquella gente desalmada diera todavía otro escándalo. Con su muerte acreditó este comunero que era hombre de buen corazon, pues le afectó tanto aquella horrible escena, que murió á las pocas horas de haber vuelto á su casa poseído del terror, y lleno tal vez de remordimientos por haber impulsado una revolucion que asi se desbordaba (1).

Habian los Trece suprimido varios impuestos y repartido entre los plebeyos los cargos públicos. El tejedor Sorolla fué nombrado gobernador de Paterna, Benaguacil y la Pobra. El carpintero Miguel Estellés marchó al frente de quinientos hombres en socorro del Maestrazgo, cuyo pais amenazaba ser dominado

(1) «Nunca para esto se inventó la germanía,» habia dicho Juan Lorenzo al presenciar el sacrilegio y la atrocidad; y volviéndose á Vicente Peris y á uno de los asesinos les dijo: «Vosotros dos sereis la perdicion de Valencia.» El pronóstico de Juan Lorenzo se cumplió.—Escolano, lib. X. c. 9.

por los realistas de Morella, que acababan de apoderarse por asalto de San Mateo, y de ahorcar á seis de los principales agermanados de aquella villa, y repartíase sus bienes en castigo de haber ellos asesinado al gobernador cuando se alzaron en germanía. Por su parte los nobles reunidos en Albaterra, viendo los pocos resultados de sus embajadas y reclamaciones al emperador, habían celebrado á propuesta del almirante de Aragón don Alonso de Cardona una junta en Gandía, á que asistió el virey, y acordado en ella convocar á todos los caballeros del reino, y facultar al señor de Albaterra para que organizara un cuerpo de ejército que comenzara á obrar por la parte de Orihuela. También el duque de Segorbe, don Alonso de Aragón, hijo del infante don Enrique, se ofreció voluntariamente á socorrer con gente de su reino á los de Morella, hácia donde avanzaba rápidamente con sus comuñeros el carpintero Estellés. Después de algunos movimientos se encontraron las tropas de Estellés y las del duque de Segorbe en Oropesa, y empeñada allí una acción, bien sostenida por ambas partes, fueron al fin vencidos los agermanados, y presos Estellés y sus oficiales, y conducidos á Castellón fueron ahorcados él y doce mas de los principales entre los suyos.

Algunas ventajas obtenidas en otros puntos por las germanías no bastaron á atenuar la irritación que produjo en Valencia la derrota de la división de Este-

llés y los suplicios de sus gefes. Sonó la campana de rebato, congregáronse en la plaza de San Francisco mas de dos mil hombres, y sin que los ruegos de la clerecía, ni las lágrimas de las mugeres y ancianos fueran bastantes á contenerlos, salieron animosos de la ciudad y se alojaron aquella noche en Catarroja, donde por renuncia del jurado Jaime Ros que los mandaba nombraron general al confitero Juan Caro. Reforzados en su marcha por gentes de las germanías que se les allegaba, entraron en Alcira, desde cuyo punto, en número ya de cuatro mil hombres, hicieron una escursión y emprendieron el ataque del castillo de Corbera, defendido por caballeros. Después de algunos combates infructuosos, marchó Juan Caro hácia Játiva, cuyo castillo estaba por los nobles, con noticia que tuvo de que el virey se disponía á sitiar la ciudad. Pero antes tuvo Juan Caro que acudir á Moguezte, para impedir que el señor de esta villa se incorporase al virey. También aquí fueron inútiles los asaltos que por cinco veces dió al castillo, si bien en uno de ellos consiguió clavar dos banderas en lo alto del muro. Avanzó al fin sobre Játiva, decidido á libertar la ciudad rindiendo la fortaleza. Resistieron por algunos dias los caballeros que la guardaban, mas por último tuvieron que entregarse á los populares á condición de que los dejarán ir libres. Sin embargo, uno de ellos, llamado don Guillen Crespi, fué asesinado al salir de la ciudad. En este sitio murió el

gefe de la germanía de Alcira, Tomás Urgellés, siendo reemplazado por Vicente Peris, terciopelero de oficio, y no menos audaz que Juan Caro.

Mientras este último rendía el castillo de Játiva, entraba en Valencia un comisionado de la germanía de Murviedro á pedir socorro á los Trece, no solo contra el duque de Segorbe que los hostigaba con correrías, sino tambien contra dos mil moros del pais que se habian levantado en favor de la nobleza. Para concitar mas los ánimos llevaba el mensajero sobre dos caballos los cadáveres de dos jóvenes que se encontraron ahogados en la azequia de Murviedro, de cuyo crimen se culpaba á los moros que se habian alzado por el partido de los nobles. Al rumor de la noticia y á la vista del espectáculo se armó instantáneamente el pueblo; un fraile agustino, llamado fray Lucas Bonet, corria las calles con un crucifijo en la mano arengando al pueblo y escitándole á vengar la muerte de los dos jóvenes, que llamaba mártires de Jesucristo. A la cabeza de la muchedumbre se dirigió el fraile á la catedral en busca del estandarte de la cruzada, que se negó á entregarle el cabildo. Entonces un mancebo, hijo de un escribano, se comprometió á sacar de la casa municipal la bandera que se enarbolaba en las guerras contra los moros, y así lo ejecutó entre los aplausos de la multitud, colocándola en la puerta de Serranos. Por su parte el religioso fray Lucas puso á la ventana de su casa un crucifi-

jo entre dos banderas, como símbolo de la guerra santa que los exhortaba á emprender. Al dia siguiente salian de Valencia en dirección de la antigua Sagunto cinco mil agermanados, mandados por el jurado Jaime Ros, llevando la bandera de la ciudad el cardador Miguel Marza, y haciendo de maestro de campo el mesonero Juan Siso. Era ya el verano de 1521.

Con la gente que se les agregó de Murviedro ascendia la legion de los agermanados hasta siete ú ocho mil hombres. El duque de Segorbe, que se hallaba en Almenara con una mitad de gente, de la cual acaso la mayor parte era de los moros allegados, supo atraer los enemigos á la llanura donde pudiera maniobrar la caballería, en que llevaba gran ventaja á los de Valencia. Así fué que á pesar de la inferioridad numérica de los realistas, fueron los de la germanía destrozados, dejando en el campo cerca de dos mil hombres, si bien costó tambien al duque la pérdida de muchos caballeros de distincion (18 de julio, 1521). Recayeron sospechas de traicion en el mesonero Juan Siso, y en su virtud fué alanceado en la plaza pública de Murviedro. No fué tan feliz el virrey, conde de Mélito, que alentado con la victoria del duque de Segorbe, acometió con cuatro mil quinientos hombres los agermanados que acaudillaba el intrépido y brioso Vicente Peris en Biar, y tuvo que retirarse vergonzosamente vencido y con no pocas

bajas en sus filas; y aun de los nobles que se hallaron en la batalla, unos se retiraron con el virey á Denia, otros se embarcaron á Peñíscola, y otros se internaron en Castilla <sup>(1)</sup>.

Vicente Peris era el terror de los nobles en aquella comarca, y de los moros que auxiliaban al virey. Cerca de seiscientos de estos, refugiados en el castillo de Polop, se rindieron á las tropas de Peris, que les ofrecieron perdon con tal que recibieran el bautismo. Fiados en esta palabra y accediendo á la condicion, salieron aquellos infelices y se dejaron bautizar. Mas no bien se verificó la ceremonia cristiana, se arrojaron sobre ellos los agermanados y los degollaron á todos bárbaramente, diciendo que aquello «era echar muchas almas al cielo y mucho dinero en las bolsas.»

Para ver de abatir á los populares que tan pujantes y soberbios se ostentaban, y de poner término á tan desastrosa lucha, se avistó el duque de Gandía con el condestable y el almirante de Castilla, gobernadores á la sazón de este reino, y acordaron que la gente que los caballeros castellanos reclutaban en Andalucía fuese en auxilio del virey de Valencia, y que el marqués de los Velez obraria tambien en combinacion con los señores valencianos por la parte de Orihuela. Tan oportunamente acudió el de los Velez,

(1) Cuando le preguntaron los nobles qué harian, respondió el virey: «Que se dé cada uno cobro: batalla han querido, buena batalla les queda.» Y picó su caballo, y se partió volando á Denia á poner en salvo su muger y sus hijos.

que no solo llegó á tiempo de apoderarse de Elche, donde los agermanados estaban dando harto que hacer al almirante de Aragon y á los magnates del pais, sino que tomando sucesivamente á Aspe, Crebillente y Alicante, libertó tambien el castillo de Orihuela que defendia don Jaime Despuig, próximo ya á rendirse á los plebeyos. No esquivaron estos presentar la batalla á los nobles reunidos, confiando la direccion de su hueste al escribano Pedro Palomares. Pero el resultado de la batalla fué calamitoso y terrible para los agermanados (20 de agosto). Contáronse en ella hasta cuatro mil muertos; con los cadáveres se cubrió una azequia, en términos de pasar por encima de ellos como por un puente la caballería de los vencedores: el caudillo Palomares fué preso y decapitado, y los Trece que formaban la Junta de la ciudad fueron tambien ahorcados en la plaza. De resultas de la derrota de Orihuela se sometieron á los nobles, abandonando la causa de las germanías, casi todos los pueblos situados entre Orihuela y Játiva.

La mayor anarquía reinaba entretanto en la capital. Sin recursos el gobierno de los Trece para mantener las tropas sobre las armas, sublevábasele con el mas ligero pretexto la plebe, y los reveses de fuera aumentaban, como acontece siempre, la exasperacion de los mas revoltosos y díscolos. Como el único remedio posible á tamaños males acordaron las personas mas sensatas llamar al infante don Enrique de Ara-